



¿POR QUÉ NO SABÍA FEDERICO GARCÍA LORCA DE CANTE?

LUIS CABALLERO POLO, CANTAOR
CÁTEDRA DE FLAMENCOLOGÍA.

«Oh, que grave medita la llama del candil». Federico García Lorca
«El cante no se entiende: se vive». F. Quiñones.

Un día, ya amarilleado por tantos como le sucedieron, yo, sentado junto al inconmensurable torero andaluz don Juan Belmonte García, tuve el honor de -hablando de Cante- preguntarle qué cantaor le gustaba más cantando, a lo que él, con una ancha y amable sonrisa, me respondió señalándose debajo de las costillas: «El que más me llegue aquí». El otro Belmonte, Rafael, el médico, también otro día interrogó en este sentido a su tocayo Rafael el Gallo: «Maestro, usted es gitano, torero y flamenco ¿qué podría decirme del Cante?». «El divino calvo» y hermano del colosal Joselito detuvo un momento la respuesta y el hilo de su constante obsesión para asegurar sentenciosamente: «Hombre, pues... el Cante es igual que los toros, tiene uno que gustarse». Otra vez me sorprendió el voluminoso Edgar Neville -amigo mío y del Cante- descubriéndome al genial Charlie Chaplín «Charlot», con quien convivió en Hollywood, como serio aficionado al Cante flamenco, del que solía decir que algunos cantes le transportaban a otros mundos espirituales.

Hablamos de descubridoras sensibilidades gigantes, de idealistas geniales, de arquitectos del universo poético, libadores de esencias espirituales, de cazadores de armonías que han llenado su música con fondos líricos del Cante: Falla, Albeniz, Granados, Debussy, Glinka, Rinsky Korsakof... Hablamos de los que hallaron el yacimiento del Cante no como mineros sino como científicos en mineralogía, de nombres sostenidos sobre unos niveles imperecedera e internacionalmente reconocidos por la historia del Arte y el Intelecto. Son ellos, para orgullo nuestro. Como debe ser. Para defensa y maravilla de lo nuestro. Como es. Y nosotros, los de a pie, los peones, en el lugar que nos corresponde; aquí, junto a donde «el grito deja en el viento una sombra de ciprés», como... debía ser.

Pero a nosotros, a la gente del Cante, nos ocurre como a los de a caballo en otro tiempo, que aunque humildes y despojados de bienes, pero majestuosamente montados por oficio, decían, pensaban y sentían que «a caballo nadie es pobre». Nosotros los poseedores del diploma autosellado y rubricado por nuestro propio concepto del Cante, y como auténticos aristócratas (esto sin duda) de lo jondo, nos vamos creciendo con el vigor de la enredadera sabia que trepa segura por las tapias del criterio fijo, mientras,

desconfiados y altaneros, llegamos a poner en duda lo que no alcanzamos a ver claro, dentro de la inmensidad del Cante.

Una vez escuché decir a un «embarcado» que cómo podía escribir Alberti del mar, en sus poemas, sin ser marinero; a lo que contestaron que por qué no los escribía él. «Es que yo no soy poeta». Pues esa es la gran ventaja que te lleva Alberti, le dijeron, ya que tu solo ves el mar desde el barco, mientras que Alberti lo ve desde el arte.

A mí, al menos, me resulta decepcionante oír de bocas universitarias, y de algún modo responsabilizadas con este mundo del cante, que, por ejemplo, Federico García Lorca no sabía, o debía saber poco, de Cante. Todavía tendríamos que admitir, como una consecuencia irremediable de elementalidad flamenca, que sean el profesional más simple y el más simple aficionado -lamentablemente desprovistos del menor conocimiento global de la causa- los que acusen de no saber de cante a los que escriben sobre el tema. No es que no acierten en parte, pero solo en parte. El Cante es como un gran país oscuro y misterioso donde algunos, pocos, logran orientarse a ciegas hasta descubrirlo a fuerza de intuición y sensibilidad, aunque siempre a ciegas. Otros mueren convencidos de conocer su país sin haber salido del rincón donde nacieron. Los más nos perdemos por caminos, campos y encrucijadas de este gran país oscuro y misterioso sin encontrar del todo lo que buscamos, y sin , de paso, dejar de desconsiderar al que lo encuentra, aunque sea a tientas.

La verdad es que SABER DE CANTE encierra un todo diferenciado entre sí, porque no es igual, repito, saber de Cante que saber lo que es el Cante, como tampoco saber cómo es el Cante, que no es lo mismo que saber como son los cantes ni mucho menos saber cantarlos, sabiendo la propiedad que distingue a cada estilo y la técnica en cuestión. Toda esta trama de variantes vendría a constituir el total de los conocimientos necesarios para saber de Cante. Pero por lo que deduzco a través del cúmulo de objeciones que al respecto surgen con alegre suficiencia, creo que hay que pormenorizar más bajo aún, para someter a examen a genios del pensamiento y la creación, como sigue siéndolo el autor del «Romancero gitano» y «Poema del cante jondo».

Al parecer -y elijo como ejemplo un solo pormenor entre tantos- no es suficiente conocer tan solo cada estilo de cante por su nombre; debe saberse, además, quienes fueron, con nombres, apellido, a ser posible, y sobre todo el mote, los autores de, por ejemplo, cada soleá, malagueña, seguiriya, etc. (de lo que por cierto también tendríamos mucho que dudar); pero la verdad es que tanto a título de erudición, jactancia, apropiaciones como ascuas que arrimar a sardinas particulares y costumbre establecida por tradición oral, esto queda tan impresionantemente bien como para que quienes se lo sepan de memoria puedan descalificar tranquilamente a García Lorca, como desconocedor del Cante.

No, no puedo estar de acuerdo. ¿Como van a ser más importante los albañiles que con sus herramientas construyeron la Alhambra de Granada que los arquitectos que con su exquisita fantasía la idearon?. (Sin desmerecer la muy respetable, noble, útil y hermosa profesión de albañil).



Sin duda el Cante flamenco propiamente dicho presenta mas de una cara. A mi, comenzando por la del principio, no me sitúa ante la realidad del fenómeno otro influjo espiritual que el de su raíz geograficamente patética. Por eso muchas veces los cantaores grandes mas que sentir me hacen pensar, pensar en el misterio, en lo abstracto de «esa música que viene de la tierra», como nos cuenta mi querida amiga Paca Aguirre, «que nos llega de las arterias del planeta, que es ciega como las raíces y sabe a tierra como la boca de un cadáver». Ahí, a través de esa primera perspectiva del Cante descubro a un Lorca ungido, por naturaleza, de duende y milenaria hondura flamenca; un Lorca tan músico como poeta y tan trágico como andaluz. ¡Cómo no va a saber de Cante un andaluz tan claro, tan rico de aventura!. Desconocería -por qué no- lo que depende del Cante, lo secundario, lo accesorio. (Lo mandaron matar con 38 años. ¿Se puede llegar a saber y hacer tanto, en tan poco tiempo?).

Ya dije hace muchos años que el Cante es algo más que vino y copla. No se si seré tan andaluzamente triste por dentro, como para no haber encontrado nunca el Cante Jondo reflejado en la policromía preciosista de la reja verde con claveles rojos, la guitarra, los volantes de lunares y un cielo absolutamente azul. Sin embargo sí lo encuentro en el teatro trágico de Federico, donde en ningún momento aparece ni el Cante ni Andalucía, pero sí la intuida, la jonda, la andalucísima quinta esencia del dramatismo flamenco resuelto, sin otra posible salida, que la que desemboca en embrión del cante: «Con los dientes, con las manos, como puedas,/ quita de mi cuello honrado/ el metal de esta cadena,/ dejándome arrinconada/ allá en mi casa de tierra./

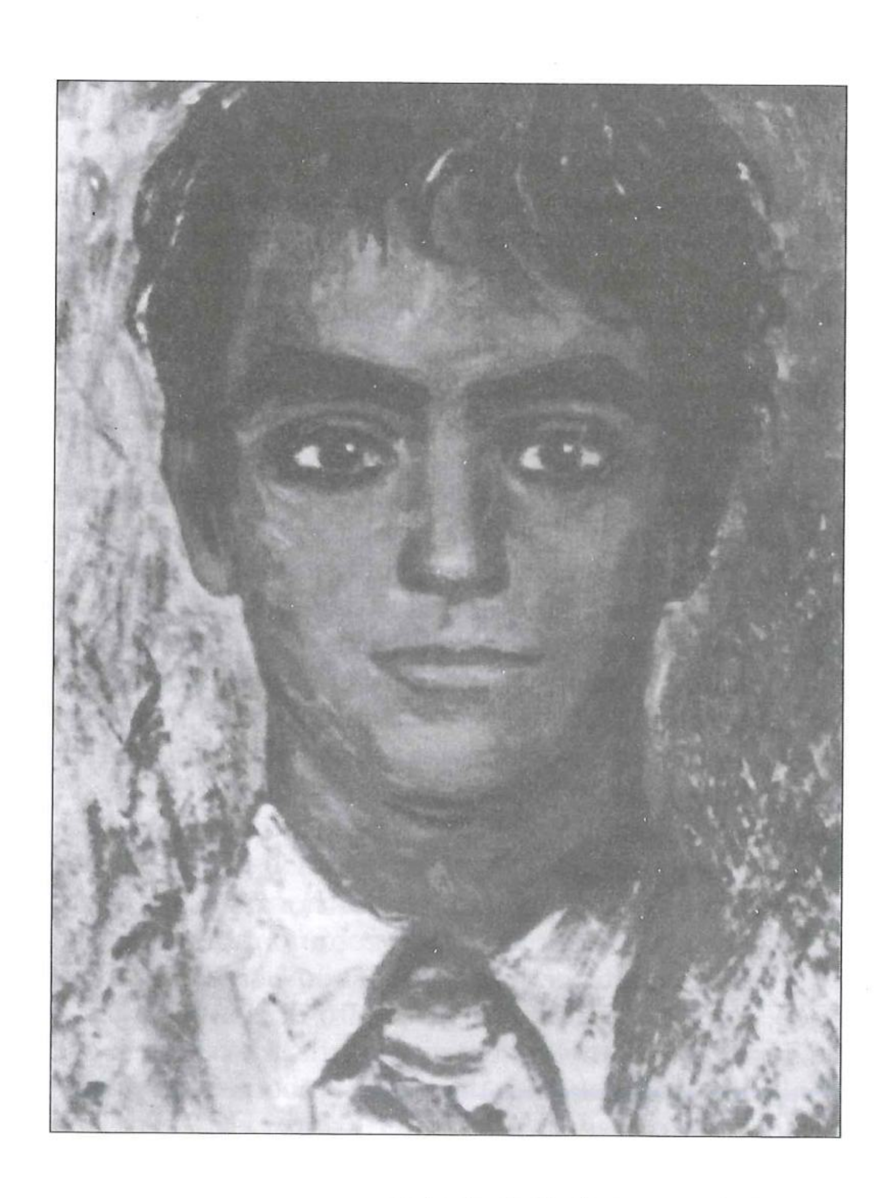
Con alfileres de plata/ mi sangre se puso negra,/ y el sueño me fue llenando/ las carnes de mala hierba./ Que yo no tengo la culpa,/ que la culpa es de la tierra/ y de ese olor que te sale/ de los pechos y las trenzas./

Vamos al rincón oscuro,/ donde yo siempre te quiera,/ que no me importa la gente,/ ni el veneno que nos echa./

Llévame de feria en feria,/ dolor de mujer honrada,/ a que las gentes me vean/ con las sabanas de boda / al aire, como bandera».

En la mente de un poeta genial, atravesado por el clamor fascinante del Cante flamenco, puede originarse un tumulto de sensaciones que vayan del capricho a la contradicción. Por entre esas fisuras suelen colarse tanto la lupa del escrúpulo, como la miopía de la incomprensión. Pero mientras Belmonte se sienta herido por el toro del Cante; el «Gallo» sepa que el que canta, como el que torea, tiene que gustarse y a Charlot lo transporten las cabales de Silverio a otro mundos espirituales; negarle a Federico «el bien nacido, la madurez insigne de su conocimiento» del Cante es un sacrilegio.

Estamos «con una forma clara que tuvo ruiseñores». De él dijo Vicente Aleixandre: «Su corazón no era ciertamente alegre. Era capaz de toda la alegría del Universo; pero su sima profunda, como la de todo gran poeta, no era la de la alegría. Quienes le vieron pasar por la vida como un ave llena de colorido, no le conocieron. Sólo algún viejo «cantaor» de flamenco, solo alguna vieja «bailaora», hechos ya estatuas de piedra, podrían serle comparados».



Retrato de Federico García Lorca
por Gregorio Prieto.